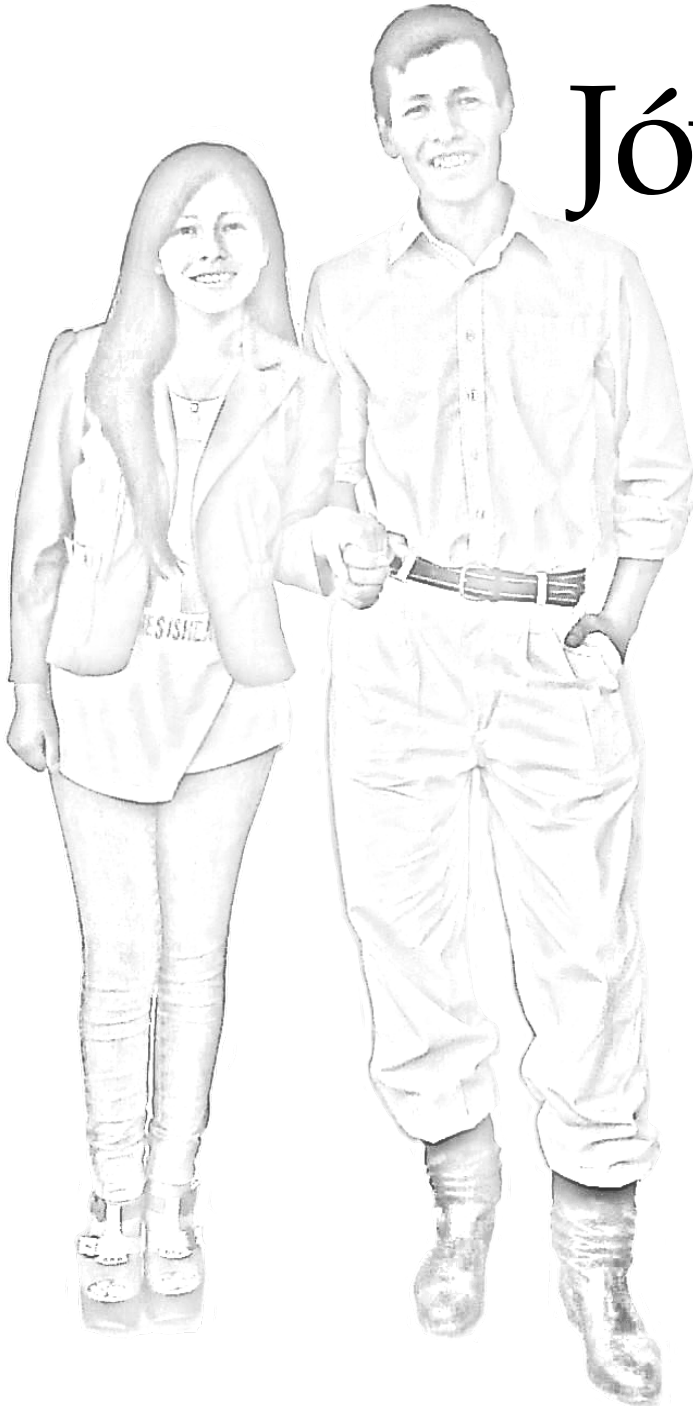


— Silvia Himitian —



Jóvenes,
Dios
garantiza
que
podrán
lograrlo



ARCHIVOS

COMUNIDAD CRISTIANA - JUJUY

<http://comunidadcristianajujuy.com>

4

Jóvenes, Dios garantiza que podrán lograrlo

EN muchos jóvenes se nota una preocupación por el futuro y en cuanto a encarar la formación de una familia. Muchos se preguntan si valdrá la pena casarse al ver a su alrededor tanto fracaso. Aún a veces viven el drama de su propia familia de origen.

Dios se ha propuesto restaurar la iglesia, y eso incluye un saneamiento de la familia. Hoy hay jóvenes que tienen conflictos

con sus padres. Que viven la relación familiar como una experiencia difícil y dolorosa. A veces se sienten incomprendidos. A veces descubren errores importantes en sus padres que los plantan ante una disyuntiva: ¿Debo seguir respetándolos a pesar de todo? Algunos padres son impositivos y dominantes. Otros, desinteresados o distantes. En todo caso, la mayoría no lleva a cabo su paternidad en forma cabal. Aún existen padres que se han ido del hogar y lo han sumido en el desamparo. Y algunos hijos consideran el amarlos casi como una traición a ellos mismos y al otro padre. Es frecuente, entonces, que les expresen rechazo, repudio enojo. Por otro lado, quisieran poder seguir amándolos. ¿Qué hacer, ahora que han descubierto que sus padres son personas corrientes y a menudo con errores y fallas de carácter importantes?

Entiendo que Dios quiere sanear esta situación a través de la aceptación y el perdón. Nuestros padres no tienen que ser perfectos para poder amarlos. Ni siquiera buenas personas. Un hijo puede amar a un padre cruel o egoísta. No me refiero a una actitud masoquista, sino a aquella parte de diferenciar a una persona de otra. Cuando éramos niños estábamos muy ligados a nuestros padres. Dependíamos en todo de ellos y no podíamos ni siquiera pensar en perderlos. Al crecer nos volvimos más independientes y, al mismo tiempo capaces de mirarlos con más objetividad. Pero emocionalmente no siempre podemos manejar bien las situaciones. Si descubrimos errores en ellos, esto nos parece imperdonable y enseguida estamos dispuestos a atacarlos. Creo que debemos cortar definitivamente el cordón umbilical y darnos cuenta de que nuestros padres son personas perfectamente diferenciadas de nosotros, responsables delante de Dios por

sus actos. Si obran mal, no es nuestra responsabilidad enderezarlos (más allá de mencionarles su inconducta en un momento oportuno en el que se dé un buen diálogo). Tampoco tenemos por qué avergonzarnos de su manera de ser o actuar. En realidad es problema de ellos. Nuestros padres pasan por situaciones que no siempre resuelven bien. Y también crisis, como los jóvenes. Debemos tomar cierta distancia de esos problemas y situaciones que sólo a ellos les toca resolver. Y concederles el derecho a ser humanos y falibles como el resto. Reconciliarnos con el hecho de que nuestros padres son como son y que aún así podemos amarlos. Se trata de aceptar al otro como es. Esto no tiene nada que ver con que aprobemos o justifiquemos sus conductas, sino con que los respetemos como personas y evitemos agredirlos porque nos disguste su manera de actuar. Podemos amar y respetar a nuestros padres en cualquier circunstancia. Aún a aquellos que son un desastre total. Amar no significa aprobar, ni imitar. Cuando aprendemos a aceptar a las personas, empezamos a madurar y a superar nuestros propios problemas. Porque separamos las cosas. Nosotros tenemos nuestros propios conflictos y errores que superar. ¡No los mezclamos ni los interrelacionamos con los de nuestros padres! Sean ellos como fueren, merecen nuestro amor y respeto. Una actitud de este tipo primero nos sana a nosotros y luego mejora la relación. Muchas relaciones familiares están tan entremezcladas que parecen un costurero en el que se han enredado todos los hilos. Es necesario desenredar las hebras para que cada una pueda ser útil.

Alguno dirá que muchos padres son sobreprotectores y dominantes y no permiten a sus hijos ir creciendo en independencia y responsabilidad. Tengan en cuenta que así como ustedes están

aprendiendo a madurar y desprenderse del soporte que hasta ahora han sido sus padres, también ellos están aprendiendo a abrir la mano y permitir que aquellos hijitos que han crecido más rápido de lo que esperaban salgan a un mundo difícil y adverso por su propia cuenta. Las actitudes dominantes de los padres generalmente obedecen al temor. Temor a que los hijos no sepan enfrentar la vida, los peligros, las tentaciones. Temor a perderlos. Pero cuando empiezan a verlos bien enfocados, definidos, capaces de salir al frente ante los problemas, comienzan también a respetarlos y dejarlos ser ellos mismos.

El desafío es mantener firmes y saludables los vínculos afectivos en el proceso de crecer y desprenderse como personas con una identidad diferente de la de los padres. Se puede y es muy saludable. Así que el principio sería: amar y respetar a los padres durante el proceso de buscar la propia identidad, sin menospreciarlos, avergonzarse de ellos o agredirlos porque no son todo lo que hubiéramos esperado que fuesen.

Y por último, y creo que esto constituye el punto central, prepararnos para formar familias sanas. Muchos se preguntan: ¿Qué garantías tengo de no fracasar en el matrimonio como la mayoría? ¡Todas las garantías! Porque el matrimonio y la familia son el proyecto de Dios para darle fundamento y coherencia a la sociedad. Y se trata de una estructura diseñada y desarrollada con toda perfección. Dios es el garante de esta propuesta. Y el más interesado en que el proyecto funcione, porque sin familia no hay iglesia ni sociedad. Ya sé, algunos me dirán: “Mis padres tenían toda la fe, y siguen siendo aún creyentes dedicados a la oración y a la lectura de la Biblia, y sin embargo tienen grandes problemas en su matrimonio”. Y hasta otros señalarán

que sus padres terminaron separándose a pesar de haber estado varios años en la iglesia. Es cierto. Pero seguramente les faltó un elemento: obediencia a la palabra de Dios. La fe, la oración, la espiritualidad, solas no alcanzan. Tal vez deberíamos preguntarnos: Fe en qué pusieron, cuáles fueron los motivos de sus oraciones, y si tal vez su espiritualidad no se volvió demasiado mística al no alcanzar logros en el terreno de la vida práctica. El punto clave que nos garantiza un matrimonio sólido y una familia estable es la obediencia a las enseñanzas de la Palabra. Porque nuestro carácter necesita ser formado por las verdades de Dios. Muchos cristianos viven en parte por fe en la Palabra y en parte confiando en sus propios criterios o en las propuestas de la psicología moderna. Si desarrollamos una filosofía de vida propia, ajena a las enseñanzas sencillas y muy concretas de la Biblia, no importa cuánto oremos ni cuánto alabemos y adoremos al Señor, la vida será incongruente. Y esa misma incoherencia, producida por la mixtura entre las propias ideas y una vida de fe que no se traduce en obras, nos llevará a elecciones equivocadas y a conductas erradas. No nos permitirá madurar como cristianos ni desarrollar un carácter de veras espiritual, que es lo único que nos garantiza poder enfrentar adecuadamente las distintas circunstancias de la vida.

En Dios hay garantías. No de éxito, palabra superficial y mundana que sólo enfoca el logro eficaz de las metas que uno se propone, sino de alcanzar la madurez y el equilibrio que permitan llevar adelante un proyecto coherente de familia en el que el matrimonio sea estable y los hijos crezcan seguros, amados y protegidos.

El Señor quiere sanar a esta generación y llevarla a recuperar

los proyectos y los propósitos que él tiene en su corazón. Y les dice hoy: *“No mires el fracaso a tu alrededor. Mira el modelo que yo he diseñado y presta atención a las instrucciones, para que lo lleves a cabo de la manera correcta. Yo te garantizo que lo lograrás”*.

Bibliografía

- [1] HIMITIAN, SILVIA, *Jóvenes Dios garantiza que podrán lograrlo*, <http://jorgehimitian.com/>, enero, 2016.